CARLOS CLAVIJO

Bienvenidos a Spanien

mr

CARLOS CLAVIJO

Bienvenidos a Spanien

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carlos Clavijo Cobos, 2015
© 2015, Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: Enero de 2015
ISBN: 978-84-270-4162-2
Depósito legal: B. 26.469-2014
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

Viernes 20 de junio

05:04 P.M.

Acabo de recibir la carta de la universidad y ya me siento angustiado. Me veo incapaz de cumplir con un encargo así.

Tras leer la misiva, mi primer impulso ha sido comenzar el diario que ahora leen. Como pueden imaginar, un puñado de sensaciones contradictorias se acumulan en mi cabeza. Algo me dice que mi misión no va a resultar sencilla. Poseo el carisma de un contable y recopilar información, extraer datos de la interacción con otras personas mediante esa herramienta conocida como conversación, me va a costar horrores. Para esta tarea estimo que hay profesores mejor preparados que yo.

Me explico: mi pronunciada altura y mi elevado grosor me han tenido acomplejado desde que era un adolescente. Ahora tengo cincuenta años, pero siempre he sido un calvo precoz. Perdí todo el cabello a los quince.

Ya cercano a la treintena, decidí someterme a un injerto de pelo en una clínica de Checoslovaquia. Pero

me arrepentí a mitad del proceso, por lo que, ahora, en mi calva se perciben mechones y puntos negros como en las cabezas de las muñecas de plástico. Imagino que todo ello ha afectado a mi autoestima de manera medular.

Por si eso no bastara, debo lidiar con el asunto de mi elevado peso y mi desproporcionada altura. Tampoco es cuestión de empezar a fustigarse, pero entre unas cosas y otras la inminencia de este viaje me tiene sumido en un atroz estado de nervios. A lo largo de mi vida he viajado muy poco. Siendo sinceros, romper con mis rutinas, sumergirme en un mundo desordenado y caótico no va conmigo.

07:00 P.M.

Decido acudir al despacho de un colega de la universidad: el profesor Otto Rackords. Delgado, de facciones angulosas y con fama de poseer una mente rápida, mi colega siempre me ha orientado cuando ha hecho falta. Es decir, todas las semanas.

Otto viste pajarita y trajes de *tweed* con veteados grises y rojos. Además, posee un conocimiento profundo de la vida que le ha llevado a deducciones muy útiles para un soltero, como que no hay que comprar las albóndigas que venden en IKEA.

Me siento a duras penas en el estrecho sillón de cuero que hay frente a su mesa. El profesor me invita a tomar un café, me ofrece unas pastas y comento con él todos mis temores. Al minuto, Otto me monta un pollo porque, en un abrir y cerrar de ojos, me he zampado toda su caja de galletas. Pero mis ataques de hambre son así de inesperados. Sin duda, fruto de la ansiedad.

Tras pasar por alto tan incómodo incidente, saltamos al tema de nuestro encuentro. Entonces le explico el pánico que siento por mi viaje a España. Para mi sorpresa, mi colega se declara un gran amante del mundo latino:

—No tiene usted nada que temer, profesor Helmut —afirma, exhalando el humo de su pipa—. Voy a hacer que pierda el miedo a ese viaje. ¿Qué le parece si le invito a cenar al restaurante español La Bodega, aquí, en el mismo Heidelberg?

09:00 P.M.

Nos desplazamos hasta esa fabulosa casa de comidas. Una vez dentro, mientras miro la carta, el profesor vuelve a alardear de ser un gran conocedor de la cultura española. Y no sólo eso, también de sus costumbres y de su gastronomía. Cuando aparece el *maître*, ordena que traigan una paella y le pide dos pares de palillos para el arroz y dos vasos de sake.

11:28 P.M.

Después de la copiosa comida, regreso caminando a pie, algo cocido. Voy dando tumbos y, sin querer, derribo algunos cubos de basura.

De manera inesperada, un Mercedes blanco con franjas verdes frena a mi lado. Es la Polizei, la policía alemana.

Dos agentes enormes descienden dando un portazo y me reclaman la documentación con muy malas pulgas. No sé a qué vienen estos modales. Puede que se deba a que en estos momentos estoy haciendo pis en un escaparate de Benetton.

Sábado 21 de junio

6:30 A.M.

Una suave brisa agita la copa de los árboles. Estoy en el aeropuerto de Fráncfort y un espejo me devuelve mi propia imagen: la de un cincuentón calvo, con cuerpo de pera y expresión facial bondadosa. Desde luego, creo que mi aspecto lechoso impedirá que pase desapercibido entre la oscurecida tribu española.

De alguna forma, siento que esta aventura me transformará, pero aún no sé bien cómo. Noto cierto cosquilleo, como si se apoderara de mí un profundo pavor hacia los pueblos del sur.

Por un segundo, pienso en los exploradores alemanes que visitaron el Congo en el siglo XIX. Sé que no hay que fiarse de las apariencias. Cuando mis compatriotas llegaron a África, los aborígenes les brindaron una estupenda ceremonia de bienvenida. Tras los bailes y la ofrenda de regalos, los metieron en una olla y los transformaron en sopa con tropezones.

¡Ay, Dios! Pensar en esta aventura me causa demasiado dolor.

7:00 A.M.

Supero el control de embarque.

He tenido que sacarme las monedas del bolsillo, las llaves, quitarme el cinturón y los calcetines. Al ver a tanta gente —sobre todo a chicas— que se desvestían, se quitaban la chaqueta y los zapatos, he entendido lo que no era y me he puesto algo palote.

7:08 A.M.

¡Vaya, el espacio de los asientos se me hace demasiado reducido!

Tras un poco de espera dentro del aparato, ahora estamos a punto de despegar. La verdad es que me noto inquieto. En especial, porque el piloto acaba de preguntar por megafonía si alguien puede traerle tres pastillas de Alka-Seltzer.

Creo que es para preocuparse porque, hace unos minutos, cuando entré en el avión y el comandante me estrechó la mano, sentí un tufo a caipiriña. Entonces no le di la mayor importancia, pero acabo de recordar que es el mismo piloto al que vi antes durmiendo sobre un carrito con maletas. *Oh, mein Gott!*

7:10 A.M.

Un ayudante de vuelo de Ryanair se dirige al pasaje por megafonía. Nos pregunta si alguien puede conectarse al iTunes para bajarse una aplicación con la ruta de vuelo Fráncfort-Madrid.

A continuación, veo a las azafatas avanzar hacia la cabina con varios termos de café. Cinco minutos más tarde, se encienden las turbinas y comenzamos el despegue.

El avión engulle la pista oscilándose a izquierda y derecha. Cuando parece que vamos a estamparnos de frente contra un Airbus, la nave vira y se alza.

Con lengua estropajosa, el piloto nos da la bienvenida. Nos dice que en cuanto logre enderezar la nave continuaremos con el concurso de karaoke.

Como no se muestra muy ducho con el alemán, comienza a usar un idioma que parece inglés pero en un dialecto desconocido por mí. Le pregunto a un viajero y me dice que se trata de inglés de los montes de Málaga. Variante que recuerda al inglés de los indios sioux. Y al que usan los políticos españoles cuando hablan ante la CNN.

7:30 A.M.

Trato de relajarme. De la cesta del asiento delantero tomo un ejemplar aceitoso y manoseado de la revista *Ronda Iberia.* Recorriendo sus páginas, entro en contacto con los principales líderes y artistas de la pujante cultura española.

Me topo con intelectuales conocidos como Ana Obregón, dramaturga y bailarina picante. Con Marianico el Corto y con un científico loco llamado señor Punset. Este individuo recibe dinero del gobierno español para hacer creer que en su nación existe algún interés por la ciencia. Por si fuera poco, el señor Punset suele aparecer en televisión con los pelos erizados como si acabara de meter los dedos en un enchufe. Ojeando esta revista descubro que el susodicho combina su faceta divulgativa con protagonizar anuncios de pan Bimbo Natural 100 %.

07:46 A.M.

La aeronave sigue flotando sobre las nubes. Dado mi considerable volumen, he logrado entrar a presión sobre el asiento. Creo que va a resultar un engorro pedir ayuda para que me alcen cuando quiera ir a orinar. Durante el vuelo, leo un artículo sobre la Tomatina de Buñol, una fiesta en la que los vecinos se arrojan tomates a la cara. Después de hacer un rápido repaso a la prensa española, compruebo que arrojarse cosas a la cara parece ser una atávica costumbre nacional.

08:00 A.M.

Llevamos una hora en el aire. El menú de la compañía me ofrece la posibilidad de degustar platos típicos españoles como la pizza *prosciutto,* el pollo cajún o las fajitas de Acapulco.

Deseo comer algo sano. Quizás una ensalada o algo de verde. Pero lo más cercano que tienen a un vegetal es una bolsa de patatas fritas con sabor a remolacha.

Enseguida compruebo que el valor añadido que esta aerolínea ofrece al pasajero equivale al coste de una bolsa de cacahuetes de 25 gramos.

Mientras observo las nubes, pienso que este viaje puede ser una terapia que me ayude a salir del cascarón. En los años que llevo como profesor en Heidelberg apenas he dado clases. Como me temblaba la voz y se me nublaba la vista, la universidad decidió retirarme de la primera línea de fuego y mantenerme en los sótanos de la retaguardia, entre códices, memorándums y compendios de economistas rusos, en

especial de Aleksandr Chayanóv y su obra de 1925 *La unidad económica campesina,* a la que he dedicado los últimos veinticinco años de mi vida.

08:25 A.M.

Dejo de pensar en mis neuras. Y vuelvo a la tarea encomendada. Como si fuera un agente infiltrado tras las líneas enemigas, dedico algo de tiempo a estudiar el funcionamiento de la aerolínea. Para constatar la atención al pasajero, pulso el botón de aviso a la azafata. A los diez minutos me llega una chica que trae una tetera y masca chicle haciendo muecas desafiantes. Posee la arrogancia típica de la persona que no ha logrado terminar sus estudios primarios.

—Estese quieto con el puto botoncito —me suelta.

En inglés, le explico que deseo el menú para intolerantes a los lácteos, dado que no puedo ingerir productos que contengan derivados de la leche. La azafata me mira con desprecio y me replica:

—Pues es lo que hay. O se come el bocadillo de panceta con pimientos fritos o le van dando por el ojete. Allá usted, porque a mí, plim.

Así que levanto la mano para rebatirle. Le digo que la panceta contiene lactosa. Pero la camarera de vuelo sujeta con fuerza la tetera y me mira con mala uva, calibrando si arrojarme el agua hirviendo a la cara o no. Como intuyo que ya ha tomado la decisión de desfigurarme, o de fingir un accidente sobre mi entrepierna, le pido perdón, agacho la cabeza sobre la revista y sigo a lo mío.

El resto del vuelo lo he pasado triste y con hambre, mirando a la cabina del piloto, embutido en mi

pequeño asiento donde los dos jamones de mis muslos se rozaban entre sí.

08:50 A.M.

Atravesamos un cúmulo de nubes renegridas y la nave comienza a vibrar. Clavo mis manos en el asiento e intento cerrar los ojos para relajarme. Luego la cosa se calma. El cielo deja de tener un aspecto tenebroso y lentamente aparece el sol. Cuando volamos sobre las cúpulas nevadas de los Pirineos, un intenso olor a queso de cabra y a naftalina inunda el avión. Por fin estamos llegando a España.

08:40 A.M.

Desde la ventanilla, observo el paisaje que tengo debajo. Ciertamente, no imaginaba que España fuese un país tan seco. Lo creía más verde y frondoso. Los informes económicos que manejo indican que se han construido tantos campos de golf como para que una ardilla atraviese el país saltando de un banderín de hoyo de golf a otro. La pregunta es: ¿de dónde sacan el agua?

09:00 A.M.

Aterrizamos.

Mientras el avión se desliza por la pista en dirección a la puerta de embarque, los pasajeros desoyen la advertencia de permanecer sentados. Se ponen de pie, extraen sus maletas y avanzan por el pasillo dándose codazos. En ese instante, el pasajero de detrás me dice:

—¡Vamos, hostia, muévete, que pareces tonto!

09:02 A.M.

Al cruzar ante la cabina del piloto, hago ademán de despedirme y me asomo al interior. Pero veo al capitán durmiendo y roncando sobre los mandos.

09:36 A.M.

¡Por fin en Barajas!

La terminal posee techos ondulados y en ella abundan los pasillos y las columnas. Frente a los datos publicados por la prensa extranjera, no encuentro signos de derroche en la construcción de este aeropuerto. Al contrario, creo que sus arquitectos fueron muy previsores. El edificio se diseñó con techos altos y buena acústica para que, en caso de quiebra, se pudiese reconvertir en sala de conciertos.

09:45 A.M.

Como compruebo ahora mismo, el sistema de pasillos de la T4 parece la obra de un chimpancé atiborrado de Lacasitos. Pero los pasajeros no pierden la esperanza y recuerdan a los Martínez, una familia de Reus que estuvo dando vueltas por sus escaleras mecánicas durante todo el mes de mayo de 2006.

10:03 A.M.

Sigo andando. Ando. Ando más. Me duelen las piernas y vuelvo a tener un hambre pantagruélica.

10:15 A.M.

Encuentro un abrevadero al que aquí denominan «cafetería».

Me doy un paseo por el bufet y compruebo que predominan los precios populares, como el bocadillo

de tortilla de patatas a 14 euros, lo que me hace deducir que, o bien los españoles ganan mucho dinero o bien viajan siempre con el estómago vacío. Me inclino por la segunda opción.

10:31 A.M.

Salgo al exterior. La luz me hiere en los ojos. Un golpe de aire caliente me atiza en la cara. La temperatura de Madrid parece propia de El Cairo. Incluso la gente parece propia de El Cairo. A sus aborígenes sólo les faltan las babuchas.

Tengo dos opciones: o coger un taxi o pillar un autobús que me acerque al centro.

Un señor bajito con un diente de oro decide por mí. Antes de que me dé cuenta, me coge del brazo, tira del carrito de mi maleta y me monta en su vehículo. Lo primero que invade mi pituitaria es un rancio aroma a cenicero mezclado con olor a culo sucio. La radio, eso sí, brama malas noticias a todo volumen.

10:42 A.M.

En el trayecto hasta la Puerta del Sol, pasamos por Alpedrete, Cuenca, Guadalajara y Toledo. El marcador del taxi indica: «Euros 800».

12:36 P.M.

En inglés, le digo al taxista que fue un error construir el aeropuerto a tantos kilómetros del centro.

El hombre se encoge de hombros y me indica:

—*The road is* petada.

A toda prisa, me vuelvo hacia mi diccionario y busco el significado. 'Petada': llena.

—Ajá —contesto.

He comprendido.

Pero el conductor se gira y me aclara:

—Es que el verbo 'petar' aquí lo usamos mucho. Mira, ¿ves a esa conductora de allí, la pija del Volvo?

Me giro. La observo. Se trata de una joven morena de gran atractivo. El taxista continúa:

—Pues bien. Yo a esa le petaba el cacas. ¿Entiendes?

Y me suelta una risotada cavernosa.

Me quedo un poco desconcertado y enseguida frena:

—Oye, guiri, que ya estamos. *You have el parné or not?*

Aturdido, me asomo por la ventanilla y observo que a mi alrededor las calles están llenas de gente. Es mediodía de un martes. ¿Qué hacen todos los españoles en la calle? ¿Por qué no están en sus trabajos?

Entonces el taxista sale del coche, me abre la puerta y me dice:

—Hale, que tengo prisa. Espabila, que pareces lelo.

Le pago, luego tose tres veces, escupe una pasta negruzca contra el suelo y arranca quemando llantas.

Me quedo en la calle sin saber qué hacer, como el economista grandote, desamparado y perplejo que soy. Madrid me ha recibido con olor a torrezno, churros fritos y gasolina.

De pronto, caigo en la cuenta. Me rasco la coronilla y comprendo que el taxista se ha llevado mi maleta Samsonite modelo 4 ruedas 360º. Como soy profesor de universidad, el valor de mi ropa —calzoncillos, calcetines, pantalones y camisas— es escaso. Eso sí, la maleta cuesta 400 euros.

01:00 P.M.

Envío un telegrama a la Universidad de Heidelberg. Pido que me manden 2.000 euros. Me preguntan con sequedad si ya empiezo a comportarme como el gobierno español.

01:15 P.M.

Desciendo con la lengua fuera por la bulliciosa calle del Carmen. En una bolsa arrastro las cuatro pertenencias que he logrado salvar del taxista ladrón. Me calmo, respiro profundamente y pienso en la mejor estrategia a seguir.

Para ir conociendo la amplia gama hotelera de nuestros competidores, opto por un establecimiento de gama media. Un dos estrellas llamado Fonda Mariano, situado en un edificio construido en 1845, pero cuya última póliza contra incendios se abonó en 1876, dejándose a deber las mensualidades que abarcan desde principios del año 1876 hasta mediados de 2014.

Forman parte de la fonda la señora Concha, una mujer de piel morena y cabello color azabache, su hija de catorce años y su esposo, el señor Paco, un jubilado de Correos por un problema de rodilla. Paco no viene mucho por la fonda porque pasa las tardes jugando al fútbol de portero.

Como viene siendo costumbre en el país, Melodie, la hija adolescente, ya está embarazada. En su caso ha tenido suerte y serán gemelos, lo que permitirá que su madre tarde menos en localizarlos cuando les lleve el bocadillo al recreo.